

¿EL FIN DE CUAL HISTORIA?*

Francis Fukuyama saltó de la oscuridad de una oficina burocrática de los Estados Unidos a la celebridad mundial, tras la publicación de *El fin de la Historia*¹, un texto cuya

* Publicado originalmente en *Análisis Político* (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales - Universidad Nacional de Colombia) N° 32, sep.-dic., 1997.

1 Fue publicado en *World Affairs*, New York, 1989. La fama impulsó después al autor a expandir su relato en un libro del mismo título. Después publicó textos que asumen con más claridad su papel de publicista del capital: *Trust*.

La historia filosófica de la idea, desde Hegel, es de dominio común. He preferido, por eso, abrir aquí un debate distinto, proponiendo una lectura diferente de la Historia transcurrida y una hipótesis opuesta sobre sus direcciones en curso. Ella misma dará cuenta, a su tiempo, de ambas. Está pendiente el debate sobre las opciones alternativas de lectura de la propuesta hegeliana. Pero aquí es pertinente apenas una breve nota.

Hegel (*Fenomenología del Espíritu* y *Ciencia de la Lógica*) propuso la tesis de una entidad suprahistórica

idea central cala, literalmente, como anillo al

que se realizaba, se objetivaba, en la Historia humana, como Historia. Cuando todas su potencialidades y virtualidades se hubieran objetivado, se habría llegado pues al fin de la Historia. Es conocida la discusión sobre la presunta duplicidad de Hegel, entre la Idea absoluta y el Estado Prusiano. Pero ese es otro asunto. Esa tesis ha producido varias opciones de lectura. Una es la de Marx. De una parte su visión del fin de la Prehistoria, como reino de la necesidad, y del comienzo de la Historia como reino de la libertad. De la otra, su tesis de que todo modo de producción, en este caso el Capital, no se retira de la historia sino cuando todas sus potencialidades han sido plenamente realizadas. En fin, la propuesta de que toda Historia es la de una entidad si no suprahistórica, sí supraindividual, la sociedad, despojando así a la propuesta hegeliana de su envoltura mística. Otra es la de Benedetto Croce y la idea central de su libro *La Historia como hazaña de la libertad*, implicando que la realización total de la libertad y de su universalización en el planeta serían el final de la Historia. La más reciente es la de Alexandre Kojève (originalmente, Kojevnikov, emigrado ruso radicado en París), expuesta en su hoy famoso seminario de

dedo de la burguesía mundial en el momento mismo en que ésta emergía, finalmente, vencedora absoluta de un largo enfrentamiento contra sus explotados, los trabajadores de todo el mundo, y contra su rival, el despotismo burocrático bautizado como “socialismo real” y articulado en un sistema internacional denominado “campo socialista”. Ya que durante buena parte del siglo XX, tal “socialismo real” había encarnado para muchos una genuina alternativa histórica al capitalismo, y ese “campo socialista” el polo concreto de poder real antagonico al sistema imperialista del capital, el colapso total de sus centros europeos parecía sellar para siempre esa victoria.

Ese período de guerra entre el capital y el trabajo se prolongó durante dos siglos y tuvo al planeta entero como escenario. Pero su tiempo decisivo resultó ser el siglo XX. Porque fue en

éste que las luchas de los obreros europeos y euroamericanos tuvieron que ser enfrentadas, al mismo tiempo que las de los explotados y oprimidos del resto del mundo. Si bien no estuvieron siempre combinadas, su mera simultaneidad obligó a la burguesía central a admitir reconfigurar el poder tan amplia y drásticamente como fuese.

LAS MUTACIONES DEL CAPITALISMO

Tal vez no es inútil recordar que, apenas comenzado este siglo, arrancó la ola de las grandes revoluciones sociales: México 1910, China 1911, Rusia 1917, Turquía 1919. Y, aunque entre 1918 y 1940 fueron derrotadas en Alemania, España, Europa del Este, Estados Unidos y, después de México, en toda América Latina, otro período de revoluciones recomenzó poco después de la Segunda Guerra Mundial, con las luchas anticoloniales de África, al mismo tiempo que las de Asia, América Latina y Europa del Este contra el imperialismo. Dicho período tuvo momentos de triunfos decisivos: China 1949, India 1950, Bolivia 1952, Cuba 1959, Argelia 1962, Vietnam 1975, los “socialismos africanos” (Tanzania, Mozambique, Angola, Guinea-Bissau), para señalar los más importantes.

la Sorbonne (1935-1939), de que la universalización del capitalismo, del mercado y de su orden político, implican la plena objetivación de la Idea hegeliana y en consecuencia el fin de la Historia. Fukuyama repite esa variante. Los escritos de Kojéve han sido ya casi todos publicados en Francia. Sobre todo *Introduction a la lecture de Hegel*, (París: Gallimard, 1947). Su más completa biografía intelectual todavía es la de Auffrett, Dominique 1990 *Alexandre Kojéve. La philosophie, l'Etat, la fin de l'Histoire* (París: Grasset).

Para la burguesía mundial, en especial la euroamericana, durante un primer período fue indispensable, primero, ceder a los trabajadores europeos y euroamericanos la extensión de la ciudadanía y, después, las ventajas del “*Welfare State*” o “Estado benefactor” para contener sus luchas dentro de los límites del poder capitalista, pero también como precio de su lealtad frente a los “pueblos de color” (el más bello y perverso, pero también el más eficiente, influyente y duradero de los instrumentos de clasificación de los dominados), colonizados, ultraexplotados, embotellados en el atraso y en la degradación, bajo el dominio colonial europeo e imperialista euroamericano.

Empero, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, las víctimas del colonialismo del poder emergieron combatiendo en todas partes, ante todo por conquistar las mismas ventajas de los euroamericanos, idealizadas desde la mirada colonial: Estados-nación, ciudadanía, democracia, igualdad social, libertad individual y acceso creciente a los bienes y servicios materiales y culturales producidos en el mundo. Capitalismo y modernidad, pues. No modernización capitalista. En esa dirección y dentro de esos límites, incluso algunos núcleos importantes de la burguesía no euroamericana podían tener con sus trabajadores un interés compar-

tido, sobre todo porque en ese contexto podían negociar mejor la distribución de los beneficios de la explotación mundial.

Así pudo avanzar el proceso de descolonización en Asia y África y el proceso de nacionalización y democratización, sobre todo en América Latina. Las luchas nacionales y sociales forzaron una reconfiguración del poder mundial, empujaron a la relativa desconcentración del control de recursos de producción y a la extensión relativa de los derechos ciudadanos, para mantener el control de los ejes centrales del sistema global.

También, sin embargo, en esa misma lucha muchos trabajadores aprendieron que la conquista y consolidación de esas formas de existencia social no serían viables, en definitiva, sino con una radical mutación del poder, por la devolución a los trabajadores del control sobre su existencia cotidiana e histórica, es decir sobre el sentido de su historia. Por el socialismo, en una palabra. Eso amenazaba ya no solamente a los años coloniales e imperiales, sino al conjunto de la burguesía de todo el mundo y a cada uno de sus grupos “nacionales”.

En consecuencia, ya no sólo para la burguesía euroamericana, sino para su conjunto mundial, fue preciso reorganizar las alianzas de explotación y de dominación. Eso fue llevado a

cabo bajo la dirección de sus grupos centrales y de su Estado hegemónico, el de los Estados Unidos. Hubo que admitir el rápido fin del colonialismo, ya que éste arriesgaba en el seno de la propia burguesía enfrentamientos que podían ser letales frente a vastos movimientos armados de trabajadores y de amplias capas medias y que podían reducir el campo de maniobra de la burguesía hegemónica. El colonialismo terminó y pudo ser reemplazado por el imperialismo, esa específica alianza de dominación entre la burguesía imperial y la de los países sometidos, y se reordenó el frente conjunto de la burguesía contra los explotados.

“SOCIALISMO REAL” Y CAPITALISMO

Por su lado, el despotismo burocrático, impuesto por el estalinismo desde fines de los veinte, contra los trabajadores y los revolucionarios socialistas en Rusia, fue admitido, durante la Segunda Guerra Mundial, como aliado coyuntural indispensable por el bando burgués, angloamericano sobre todo, que disputaba con Alemania y Japón el control hegemónico del imperialismo mundial. Como resultas de esa guerra, la burguesía hegemónica y la burocracia despótica de Rusia negociaron un nefando

arreglo. A ésta se le permitió imponerse sobre Europa del Este. Pero al precio, primero, del directo sabotaje de las revoluciones de Europa mediterránea, Grecia e Italia en particular. Y en adelante, del control sobre los grupos revolucionarios organizados en los partidos comunistas. Desde entonces, la contradictoria naturaleza del despotismo burocrático se hizo definitiva: rival de la burguesía en el control del poder mundial, pero ya no su antagonista, portador del socialismo. El modelo se extendió, de modo independiente, a Yugoslavia, a China, a Cuba, a Vietnam.

Rebautizado como “socialismo realmente existente” o “socialismo real”, para navegar entre la crítica y el desapego crecientes de los revolucionarios socialistas de todo el mundo, pasó a ser rival de la burguesía imperialista en la disputa por la hegemonía sobre el orden capitalista mundial, y apoyó por eso, limitadamente, las luchas anticoloniales y antiimperialistas. Pero también pasó a ser su aliada para enfrentar a los movimientos revolucionarios que emergían en contra del despotismo burgués y del burocrático, al mismo tiempo.

Nunca fue tan explícita esa alianza como en la decisiva década entre 1965 y 1975, cuando una vasta ola antiburguesa, antiburocrática y antiautoritaria, avanzaba en todo el mundo.

Se la denominó “revolución cultural” porque ponía en cuestión no solamente las relaciones materiales de poder, sino también, por fin la colonización del imaginario y los supuestos, los fundamentos intersubjetivos de la racionalidad capitalista. Era, por primera vez, la revuelta de las gentes no sólo como trabajadores explotados, sino como portadoras de necesidades de liberación en cada una de las dimensiones de la existencia humana en sociedad. Fue, pues, no sólo la revuelta de obreros, campesinos y capas medias contra la explotación del trabajo y la distribución de su producto, por el cambio de su lugar en la sociedad y en el Estado. Fue al mismo tiempo, la revuelta de los jóvenes, de las mujeres, de los homosexuales, de los “negros”, de los “indios”, de los “mestizos”, de los “chicanos”, de los “*newyoricans*”, contra el “racismo-etnicismo”, contra el sexismo y el machismo, contra la represión sexual, contra el eurocentrismo, contra el imperialismo, contra la ética productivista y consumista, contra el autoritarismo en el Estado y en la vida cotidiana de la sociedad.

Como nadie ignora, o puede pretender ignorar, ese movimiento revolucionario mundial fue contenido y derrotado en todas partes por el esfuerzo combinado de la burguesía y de la burocracia del “campo socialista” y de

los partidos llamados “comunistas”, principalmente en Checoslovaquia, en Polonia, en Francia, en Alemania, en Estados Unidos, en China, en México.

EL COMIENZO DEL FIN: LA “GLOBALIZACIÓN”

Ese fue el comienzo del fin de esa historia. La derrota mundial de los movimientos radicales “antisistema” como dicen algunos –en otros términos, de los movimientos revolucionarios que luchaban por la “autoproducción democrática de la sociedad”, según la apta formulación de Castoriadis–, arrastró también la de todos los demás movimientos de los explotados y dominados del mundo y la gradual desintegración de sus organizaciones de defensa sindical y política.

Esas derrotas, asociadas a las consecuencias del agotamiento del patrón de acumulación hasta entonces dominante, permitieron la exitosa contrarrevolución mundial que está en curso. Esta reconfigura las relaciones de poder a escala global, entre países, entre regiones de cada país, entre sectores de la economía, entre grupos burgueses, reconcentra y reprivatiza en manos de los grupos hegemónicos de la bur-

guesía, el control de recursos de producción y del Estado, desnacionaliza los Estados más débiles, los desdemocratiza, pues produce la sustitución del control democrático de los electores sobre el Estado, por el control de una tecno-burocracia cooptada del todo al capital, que no depende para nada de la opinión o de la voluntad de los electores, desdemocratiza y desnacionaliza sus sociedades, pues relegitima la desigualdad social y rompe las precarias conquistas sociales de los explotados, reclasifica la población mundial a escala global, en una tendencia irreversible de polarización entre una minoría rica y todopoderosa de explotadores y sus asociados y la inmensa mayoría restante de trabajadores cada vez más empobrecidos, desintegra los procesos de agrupamiento social y político de los dominados y los empuja a una completa crisis de identidad social, con todas sus implicaciones sobre la memoria, la conciencia, el discurso. Usa el poder de la tecnología actual de comunicación y de transporte, para tratar de imponer una recolonización mundial del imaginario.

En ese marco y sobre esas bases, la burguesía mundial ha procedido a liberar de todo control nacional el flujo mundial de capital, financiero en primer término. Gracias a su control de los productos de la revolución científico-tecnológi-

ca, puede integrar mundialmente sus instituciones de administración. Organiza, por medio de instituciones supraestatales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), el control del movimiento de capitales en los países con Estados no nacionalizados o exitosamente desnacionalizados. Al mismo tiempo, y por medio de esos mecanismos, condena a la mayoría de los trabajadores “de color” de todo el mundo a una pauperización continuamente agravada y así los empuja a la migración mundial, mientras los presenta como chivos emisarios para la xenofobia exacerbada de los trabajadores “blancos” de los países centrales y organiza la represión contra los migrantes. Controla de ese modo, sin atenuantes, el flujo mundial del trabajo.

Así, la concentración del control imperialista sobre el tramo final del proceso de integración mundial de la estructura de acumulación, iniciado con América hace 500 años y que desde hace algunas décadas se conoce como “globalización”, parece no tener obstáculos.

En un período notablemente corto y por el momento controlando la focalización de la violencia estrictamente sobre las poblaciones más pobres (Ruanda-Burundi, Zaire, Somalia, Chechenia) o sobre los Estados más democráticos del “socialismo real” (Yugoslavia), o sobre regímenes despóticos pero que resisten la desna-

cionalización de sus Estados (Irak), la victoria total y definitiva de la burguesía aparece sin rivales, menos aún antagonistas, a la vista o pre-visibles. El proceso parece incluso equivaler, a primera vista, a toda una integración global del poder en todas y en cada una de sus instancias.

¿Quién podría dudar, a la vista de semejante panorama del actual poder del capitalismo, que éste puede ahora, y en adelante, reproducirse indefinidamente? ¿Qué, en efecto, podría obstaculizar aún el continuado despliegue de la propiedad privada de la burguesía y del mercado como los únicos ejes de la vida cotidiana de la humanidad? Y muertos para siempre los fascismos y los socialismos, ¿qué podría interrumpir la continuidad del liberalismo como el único orden político realmente existente? ¿Y no es todo eso una demostración eficiente de que toda visión o propuesta alternativa al reino del capital, del mercado y del liberalismo no era, ni podía ser, otra cosa que pura ideología? ¿No es, pues, simplemente exacto promulgar que, por lo tanto, toda otra historia no es posible?

¿POR QUIÉN DOBLAN LAS CAMPANAS?

Debe ser visible a estas alturas, que todas las revoluciones triunfantes durante estos 200

años no consiguieron desbordar, ni romper, mucho menos hacer estallar, el patrón o “sistema” de poder configurado en torno del capital. Lo que produjeron en cambio, y paradójicamente cuando más exitosas fueron, fue el desarrollo de las virtualidades inherentes a la naturaleza de este poder. En especial dos: 1) la universalización de la producción para el mercado y del mercado mismo, es decir de las relaciones sociales de mercado, como ejes materiales e intersubjetivos de la vida diaria de todas las poblaciones y en todos los espacios históricos; 2) la necesaria equivalencia de los actores en el mercado, como el único fundamento real y por lo tanto, el límite, de la equivalencia jurídica y política de las gentes, esto es, de la ciudadanía, del orden liberal, en suma.

Esas no fueron siempre las demandas implicadas en las luchas revolucionarias de los trabajadores del mundo y tanto más fuertes y radicales. Pero ellas terminaron como el resultado histórico de las confrontaciones, como las victoriosas derrotas de la burguesía y, sobre todo, de lo burgués, en las revoluciones. Así, las revoluciones fueron decisivas en producir el máximo desarrollo y la universalización de tales virtualidades del capitalismo. ¿Por qué?

La cuestión apenas comienza a ser abierta. Con todo, es probable que eso se deba, en lo

fundamental, a que en especial desde el fin del siglo XIX hasta entrados los años sesenta del actual, entre esos movimientos y en particular entre sus grupos más exitosos, la hegemonía del eurocentrismo –el patrón central de la racionalidad capitalista– permaneció incontestada. Es decir, no sólo no alcanzaron a liberarse de ella, sino que nunca la pusieron realmente en cuestión, ni en su teoría, ni en su práctica. Con su imaginario configurado por el eurocentrismo, en la mayoría de los casos, o entregado a él de nuevo, en los menos, terminaron practicando, incluso contra su propio discurso, precisamente lo que estaba implicado en el patrón capitalista de poder.

Dicho de otro modo, toda la historia del siglo XX, incluidas las revoluciones, transcurrió dentro y como parte del desarrollo del capitalismo. Y las revoluciones sociales, triunfantes sobre todo, pero no mucho menos las derrotadas, sirvieron a la plena y final realización y universalización de las principales tendencias y virtualidades del capital y de su orden de dominación.

Desde esta perspectiva, la integración de todos los espacios y poblaciones del planeta en el poder de un capitalismo articulado finalmente bajo un único patrón, la desintegración del polo de poder rival del de la burguesía y la de-

rrota final de los movimientos “antisistémicos”, anuncian, en consecuencia, que el sistema está plenamente configurado, madurado, desarrolladas del todo todas sus potencialidades. Su historia ha terminado.

Fukuyama aparece de la mano de una extraña razón. Porque es real que es el fin de esa historia. Eso, de todos modos, es cierto. No lo es, decir que esa es la única Historia posible para todo el tiempo que viene. Ha habido otras antes. Otras vendrán.

LA HISTORIA QUE VIENE

El poder capitalista comenzó su mundialización con América, hace 500 años. Hoy culmina integrando toda su estructura mundial bajo un único patrón. Y en el momento mismo de su culminación está iniciando, ya ha iniciado, su proceso de transición a... otra Historia. Porque esta transición implica su desintegración como el patrón de poder que conocemos. Las señales ya son visibles y para cada vez más observadores. Están en la irremisible agudización de sus contradicciones internas, maduras hasta el límite precisamente con la culminación del patrón; en la exhaustión de su engranaje vital, la compraventa y valorización

mercantil de la fuerza de trabajo; en la exacerbación de la heterogeneidad histórico-estructural de sus integrantes, bajo el manto de la integración homogeneizadora: en el más rápido acercamiento de los límites del modo actual de relación con la naturaleza. El capitalismo, la historia del capital, avanza ahora más rápida e irreversiblemente en la dirección de su última realización. Cuanto más exitoso y más plenamente realizado y gracias exactamente a su éxito, se despide de sí mismo.

El fin de esa historia no ocurrirá quieto, ni pacíficamente. Nunca ocurrió así el fin de

ninguna Historia. Pagaremos todos, todas sus consecuencias. Pero no todo está dicho, ni decidido, sobre la suerte que correrán, que correremos, sus víctimas. Porque, pese a Hegel y a Fukuyama, no existe ninguna entidad suprahistórica que pre-decida nuestro destino. Y en tabla alguna está escrito que seremos siempre derrotados. Es, por el contrario, el momento de romper con las rejas del eurocentrismo y de preparar la otra Historia, la que resultará de las grandes luchas que ya están a la vista. ¡Esa nueva Historia puede ser nuestra Historia!